

MIS RECUERDOS DE ASENSIO SÁEZ

EUGENIO MARTÍNEZ PASTOR

No tengo por costumbre leer la prensa local o regional, por lo que me enteré de la muerte de Asensio Sáez con retraso, creo que me lo dijo María Teresa Cervantes, y aunque Asensio era cinco años mayor que yo, y los dos estamos en la rama del árbol para caer a tierra como duraznos maduros y necesarios, mi sentimiento de pena por su muerte, no fue menor, porque entre él y yo siempre había habido una buena química, una entrañable cordialidad y un mutuo respeto y me acordé de lo que afirmaba Safo, cuando escribió aquello, de que “si la muerte fuera algo bueno los dioses no serían inmortales”.

Hasta que no volví de Madrid para quedarme hasta el final en Cartagena no conocí a Asensio Sáez. Yo en Madrid había tenido, y tuve después durante muchos años, una entrañable relación con Ernesto Jiménez Caballero, que fue quien me habló por primera vez de Andrés Cegarra, hermano de María Cegarra, que había sido profesora de Ciencias naturales en mi bachillerato que estude en el Colegio Hispania, entonces una institución docente de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, pero, lógicamente, Ernesto no conocía tampoco a Asensio Sáez ya que sus contactos con el grupo de Miguel Hernández, entre los que estaban, María Cegarra y su prematuramente muerto hermano Andrés, se retrotraían a los años treinta del siglo veinte, década en la que Asensio todavía era un niño, pero sin los cuales tal vez Asensio no habría sido lo que fue, un artista novedoso en una España casposa, que con su finura y delicadeza traía, sin escabrosidades, bocanadas de aire fresco a la vida cultural de la Región de Murcia.

Cartagena y La Unión han mantenido un vínculo sociológico muy fuerte, y cuando Andrés Cegarra murió, se le dedicó en Cartagena una fuente de cerámica en la Plaza del Rey, frente a la puerta del Arsenal, donde se recogió la labor de su editorial, pequeña fuente hoy desaparecida, por las muchas reformas que ha sufrido este espacio urbano y la falta de sensibilidad de las sucesivas administraciones municipales que se han preocupado mucho por rehabilitar “El Pilón de los Burros”, y han dejado hundirse en el olvido aquel sencillo, pero entrañable, monumento dispuesto para recordar la labor cultural de Andrés Cegarra, cabeza de todo un quehacer literario que atañía tanto a Cartagena, como a La Unión, y en cuya órbita giraron nombres como, los de su propia hermana, María, Carmen Conde, Antonio Oliver, Miguel Hernández, y tantos otros. Naturalmente, entre estos no podía estar Asensio Sáez que por aquellos años sería un niño de diez años, pero conforme fue creciendo, y despertaron en él todas las potencialidades culturales y su vocación por el mundo de la cultura, se fue sumando a la estela que habían dejado sus predecesores, cuya brasa encendida mantenía, en su casa de La Unión María Cegarra. (Resulta, al menos, sorprendente que Asensio en su libro “La Unión, aproximación a su etnología” no cite para nada a la “Editorial Levante”, ni a la familia Cegarra) Pero, al igual que otros unionenses, bien fueran mineros, políticos, cantaores o intelectuales, Cartagena ha sido para siempre una necesidad, y ha habido siempre una relación biunívoca entre ambas ciudades, con ciertas ventajas para La Unión por el carácter suavico de los unionenses en contraposición con el laberíntico criticismo del cartagenero

En los años cincuenta del siglo XX, el único lugar de Cartagena en que se podía saciar cualquiera aventura intelectual era el Estudio del pintor Vicente Ros, y allí fui donde una tarde conocí a Asensio Sáez que llegó acompañado por Alberto Colao, con el que siempre tuvo una entrañable amistad, y a contar desde aquella soleada tarde de primavera guardé por Asensio Sáez un verdadero afecto que ha durado más de cincuenta años.

Era una tarde de primavera, casi verano, y Alberto Colao era un ocasional visitador del Estudio y dominador fácil de difíciles situaciones, que hacían parecer al entonces joven Asensio Sáez— todos éramos jóvenes entonces— como un sumiso acompañante, que se expresaba con timidez y en voz baja sin participar de ninguna de las controversias que pudieran suscitarse. Fue una casualidad inevitable porque, aunque Asensio no fuera uno de los asiduos del Estudio, nunca dejó de ir por él de vez en cuando, pero, sobre todo, no dejaba de pasar por la librería Athenas que años después instalaría Alberto en la calle de San Francisco, lo que llevó a Asensio a instalar él mismo una librería en La Unión, de la que se ocuparían sus hermanas. A este

lugar, la Librería Athenas, yo acudía con frecuencia porque entonces tenía mi despacho allí cerca, me gustaba conversar con Alberto Colao, ver los libros que habían llegado al establecimiento y porque en Athenas edité mi libro “Sila Historia de una Constitución Reaccionaria”, por lo que era inevitable que nos conociéramos¹, y por lo que tuve en aquellos años frecuentes contactos con Asensio.

Mis amigos saben que no soy nada dado al panegrico, así es que si digo que Asensio Sáez era una hombre bueno, en el mejor sentido machadiano de la palabra bueno, no estoy exagerando nada, ni diciendo nada nuevo, una bondad que él disfrataba de modesto humor, trato afable, y al mismo tiempo reflexivo. Y aunque audaz en sus manifestaciones estéticas, que iban desde la poesía a la pintura, amen de algunas colaboraciones en diarios de la época, nunca perdió el equilibrio de una ataraxia unionense, suavica y lista, soterrada, pero sabiendo muy bien lo que se quiere. Por aquellos tiempos hacia versos de arte menor, pintaba con primor acuarelas y dibujaba un mundo propio, tocando por un surrealismo extraído del propio paisaje de su tierra donde tenía un lugar de honor la pitera, y el malacate minero, amén de otros simbólicos objetos y personas de la mitología minera y comenzaba a escribir sus primeros cuentos.

En el año 1955, el escritor de Orihuela Jesús Hernández, organizó, en colaboración con el Ayuntamiento de la ciudad, el “1º Congreso de escritores del Sureste”, al que asistimos de Cartagena, Joaquín Ortega Parra, María Teresa Cervantes, Antonio Abellán, mi hermano Javier y yo, y de La Unión fueron Maria Cegarra y Asensio Sáez acompañado por una de sus hermanas. En aquel evento conocí a Carmen Conde, que era tía de Antonio Abellán, y que se desplazó hasta Orihuela desde Madrid, donde residía. La vieja amistad de María Cegarra con Carmen Conde y su parentesco con Antonio Abellán, que más que nada había ido a Orihuela para saludar a su tía, hizo que ambos grupos se fusionaran en una sola representación y aquel fin de semana fue el tiempo que más seguido he podido hablar con Asensio, durante el que por más horas pude gustar de su conversación seria de la que nunca se dejaba en el tintero un acento lejano, pero siempre presente, de humor dulcemente crítico, que a nadie dañaba, y que en su medida voz, ajena al grito, terminaba por agradar a todos. El protagonista del referido Congreso, fue Miguel Hernández, aunque viviéramos en plena dictadura franquista. Por allí aparecieron sus cuñados y otros familiares tanto del poeta como de la familia Sijé, fue un oasis de tolerancia, donde todos los asistentes partici-

¹ Este libro mereció ser quemado en un acto de fe ordenado por el ministerio de información franquista gobernado por Manuel Fraga, y por el Director General de Información, su cuñado.

pamos de una bocanada de aire fresco, Asensio también gozó de aquello, pero sin asumir compromisos, pero juntos degustamos un exquisito arroz con costra al que nos invitó la corporación municipal, compartiendo en aquella comida mesa y mantel, como un grupo aparte, los escritores cartageneros con los que iban de La Unión.

Con motivo de este Congreso de escritores del Sureste, y como contribución al mismo, el “Centro de Estudios e Investigaciones San Isidoro”, del Ayuntamiento de Cartagena, que yo dirigía, editó un cuaderno de poesía, titulado “Baladre”², donde, entre otros poemas, figuraban versos de Joaquín Ortega Parra, Javier Martínez Pastor, Agustín Meseguer y del propio Asensio Sáez que lo hizo con largo poema dedicado a un Mar Menor, alejado de lo que por entonces era su voz poética habitual, en el que cantaba a un Mar Menor paradisíaco, que hoy ya no existe porque ha sido devorado por la avaricia de una especulación urbanística sin límites ni orillas, pero este poema será para siempre un testimonio vivo de la pasada belleza de este Mar Menor, y quedarán para siempre en estos versos del escritor unionense, la evidencia del color del mar con el lebeche, las doradas arenas y las despeinadas palmeras.

Por recordar y porque no se me quede nada en el olvido, me acuerdo también que en un concurso de Crismas que organizamos desde el citado “Centro de Estudios e Investigaciones San Isidoro”, al que acudieron cerca de doscientos concursantes y en el que Asensio obtuvo el primer premio, premio dotado con una dotación económica decente, con un delicioso crisma pintado a la acuarela, porque Asensio llevado por su fibra sensible dominaba también el mundo de la pintura, un tanto andrógina, llena de gracia y de ingenua ternura, que fue abandonando progresivamente, cuando descubrió el mundo del collage, al que se entregó, durante un tiempo con la pasión del converso. En este tiempo me casé y como regalo de boda me envió uno de esos sorprendente collages, entre surrealista e ingenuo— tal vez una lírica versión nueva del mundo de Marc Chagall— que ha estado durante más de treinta años colgado en mi despacho.

² En total, y con posterioridad, se editaron tres números de este cuaderno de poesía, en los que colaboraron con sus versos, Agustín Meseguer, Diego Plazas, Juan Miguel Lamet, Asensio Sáez, Javier Martínez Pastor, Joaquín Ortega Parra, Manuel Martínez Pastor, Eugenio Novoneryra, Olga Calleja, María Teresa Cervantes, Jesús Hernández, Santiago Amón, Antón Sala y Cornadó, Angelino Font, José Jorquera Manzanares, Eugenio Martínez Pastor, Giacomo Pasini, Agustín Navarro, Maryvonne Trancourt, Vicente Aleixandre, Enrique Gabriel, y Jose Antonio Novais. Con dos narraciones breves de Rafael de Guzmán y Carlos Talamás, con un ensayo del profesor ilicitano José Escobar, y se incluyó también una antología del poeta argentino Ricardo E. Molinari.

Pocas veces más volví a encontrarme con Asensio Sáez en el estudio de Vicente Ros, del que no pasó a ser más que una visitante ocasional, pero donde, durante años, solíamos vernos con cierta frecuencia era en la librería Athenas, propiedad entonces de Alberto Colao, y a la cual siempre que bajaba a Cartagena, Asensio paraba, aunque solo fuera para un fugaz saludo bien por la urgencia de su venida a Cartagena o porque se acercaba la hora de salida del mítico tren de La Unión. Una de las tardes que yo, al salir de mi despacho, me pasaba por la librería Athenas, para visitar a Alberto Colao, estaba en ella Asensio Sáez, con uno de esos abrigos que el solía llevar y que parecían que el difunto tenía una talla más, aunque fueran las prendas impecablemente nuevas y limpias, y su inevitables libros y carpetas bajo el brazo, y allí en la trastienda de la librería donde Alberto tenía su despacho y el almacén de libros prohibidos por la censura del régimen franquista, le dije al escritor de La Unión que lo suyo no era la poesía, sino el cuento, la narración breve, que en este terreno tenía todo un mundo por conquistar, y en el que debía poner todo su empeño. No se si en aquel momento le sentó bien o mal lo que le dije y la recomendación que le hacía, porque en Asensio era difícil averiguar cuando algo le molestaba, tal vez porque nunca atribuyó malicia a nada, pero según pude comprobar después me hizo caso. Nunca más volvimos a hablar del asunto hasta el día del homenaje que casi un año después le dieron en La Unión cuando fue finalista del Premio Nacional de Literatura, por su cuento, —creo recordar que se titulaba algo así como “La Mujer del Minero”, pero no estoy muy seguro—, a cuyo evento asistí en compañía de mi maestro en eso de la abogacía, Pepe Sánchez Balibrea, que era un buen aficionado a la literatura y personalmente un admirador de la obra de Asensio. Aquel día, y en medio de la euforia del momento, cuando acercarse al escritor era una tarea casi imposible porque todos querían estar cerca de él, cuando por fin conseguí llegar a su lado para despedirme, al tiempo que me abrazaba, me dijo en su personal tono de voz y riéndose, con aquella media sonrisa tan peculiar suya, “¿Habrás visto que te hice caso, que lo mío es el cuento? Desde ahora tendré que vivir del cuento”, y al decir aquella frase de doble sentido, cargada de su peculiar ironía, acentuó aún más su personal sonrisa y su voz adquirió un tono lejano de alegría.

Pasaron los años, yo en mi abogacía, él en su escuela y en la pasión por La Unión. Desapareció el estudio de Vicente Ros, tras su muerte. Cerró la librería Athenas y Alberto Colao se colocó de bibliotecario en la Caja de Ahorros. Murió Alberto Colao. A partir de todo esto nuestros encuentros se limitaban a alguna ocasión que nos tropezábamos en las calles de Cartagena, o coincidíamos en la presentación de un libro³, o en la inauguración de alguna exposición. La ultima vez que nos

encontramos fue en la sede de Cajamurcia en Cartagena, con motivo de no se que exposición, hará de esto unos tres o cuatro años. Hicimos un aparte y en el transcurso de la conversación, yo le dije que se nos había pasado la vida, casi sin sentirlo, y él me contestó, con su habitual manera de hablar entre irónica y grave: “A mi, no. Eso ya lo tengo hablado, yo me quedaré aquí, como los ninots indultats de las fallas de Valencia”. Pero como en el cuento persa la muerte tenía con él su cita a la hora exacta, y es inútil huir a Ispahan en el caballo más rápido del rey, porque la muerte no tiene palabras que la hagan apartarse de su deber y de nada le sirvió a Asensio el trato que había hecho— no me dijo nunca quien era la otra parte— para quedarse a este lado de la vida como ninot indultat, burlando a la muerte, porque esta lo encontró a su hora, dejándonos para nosotros estos y otros recuerdos.

³ La última presentación a la asistimos los dos juntos fue a la de la colección “Papeles de Poesía” de la Fundación Emma Egea, en el Ayuntamiento de La Unión, cuyo numero uno se dedicó a María Cegarra, entonces recientemente fallecida.